

EN EL 30º ANIVERSARIO DE LA RENOVACIÓN EN ESPAÑA Ceferino SANTOS, S.J.

“Debajo del umbral del Templo el agua iba manando” (Ez 47,1).

Todo comenzó al concluir el Vaticano II. El 13 de enero de 1967, fiesta del Bautismo de Jesús en el Jordán, cuatro miembros de la Universidad de Duquesne, reciben la efusión de Espíritu Santo en casa de Miss Florencia Dodge, presbiteriana. El 18 de febrero del mismo año un grupo de universitarios católicos repiten esa experiencia espiritual. El agua del Espíritu de Dios empieza a manar de forma nueva en la casa de retiros, hoy desaparecida, de ‘El Arca y la Paloma’. David Mangan y Patti Gallagher, luego de casada, Patti Mansfield, estaban entre aquellos jóvenes.

“Y el agua siguió corriendo... hacia levante” (Ez 47, 3). El 4 y 5 de marzo llega la corriente del Espíritu a la Universidad Notre Dame, de South Bend (Indiana). Allí estaban Kevin y Dorothy Ranaghan y otros universitarios, que fueron bañados por el agua viva del Espíritu. En abril de 1967, del 7 al 9, estudiantes y profesores de las dos universidades se reúnen en Notre Dame con amigos de la Universidad de Michigan State, entre los que se contaban Steve Clark y Ralph Martin. La corriente de la Renovación carismática católica estaba brotando: “El hombre de cordel en mano, midió mil codos, y me hizo atravesar las aguas: ¡agua hasta los tobillos!” (Ez 47,4).

Luego, en otoño, las aguas del Espíritu habían llegado ya a la Universidad de Michigan, en Ann Arbor, y se propagaban por todo el país y por Canadá de forma impresionante: “El hombre midió otros mil codos, y me hizo cruzar las aguas: ¡agua hasta las rodillas!” (Ez 47,4b). Cuando aquellos jóvenes se introducían en el torrente del Espíritu, a veces, el lodo pisado del cauce enturbiaba momentáneamente las aguas. Surgían las diferencias y algunos se asustaban. Pero Dios era más grande que los pensamientos y los planes de los hombres. Y el torrente crecía y avanzaba sin detenerse.

El Espíritu de Dios, invocado tan insistentemente en el Concilio Vaticano II, iba respondiendo a la petición de un Nuevo Pentecostés para la Iglesia y en el mundo con la limpieza inagotable de sus aguas: “Era un torrente que no se podía cruzar, pues habían crecido las aguas y no se hacía pie; un torrente que no se podía vadear” (Ez 47,5).

Y el torrente llegó a España.

En 1970, se celebraba en Salamanca del 22 al 29 de agosto el III Congreso de la Asociación Internacional Ecuménica (International Ecumenical Fellowship). El P. Roman Carter, dominico americano, hace de traductor. Allí se da a conocer el nuevo movimiento carismático y el P. Carter en un encuentro de plegaria ecuménica recibe la efusión del Espíritu. Poco después él y Paul Melton fundan un grupo en Madrid, que desaparece a los pocos meses. En Salamanca y Madrid fueron varios los que pudieron ver los primeros brotes del agua viva de un Espíritu neopentecostal.

Es en 1973 cuando las fuentes del Espíritu comienzan a brotar de modo continuado y creciente en España. En Barcelona el matrimonio Enriqueta y José Luis Caminero, venidos de Colombia y México, donde recibieron la efusión del Espíritu, comienzan el 15 de febrero una reunión de oración carismática. Del 12 al 16 de abril el matrimonio Caminero y el P. Luis Martín, en viaje a Madrid, contactan con el matrimonio José Pérez Torres y Angelita y luego con el matrimonio Fina y Miguel de la Puerta y se pide para ellos la efusión del Espíritu. El primer grupo carismático español acaba de nacer en Madrid.

Antes de fin de año en Granollers había nacido otro grupo con la colaboración del Matrimonio Mercedes y Xavier Quincoces. Luego, el agua del Espíritu fue llegando suavemente y sin pausa a otros muchos pueblos y ciudades de España: Tolosa, Zaragoza, Valladolid, Vitoria, Córdoba, El Escorial. Más tarde pudieron pasar o desaparecer grupos y personas por motivos variados; pero el que no pasaba ni dejaba su protagonismo en la nueva obra era el Santo y renovador Espíritu de Dios. Él elegía personas para ser instrumentos del desarrollo de los grupos, de los carismas, de la oración y de la profecía, de la santidad personal y de la comunión entre los grupos, y de las nacientes comunidades.

Y los elegidos ponían su mejor voluntad y esfuerzo en colaborar con la obra que nacía. Las gracias abundantes del Espíritu llenaban los corazones. Y los prodigios se multiplicaban entre las manos. Hoy, a más de treinta años vista, el impulso del Espíritu en España no se ha detenido. Los hombres hemos podido poner obstáculos y hasta diques a la labor renovadora del Espíritu. Incluso hemos podido querer domesticar y someter el poderoso Espíritu de Dios a nuestros pensamientos y criterios. Él nos ha mirado con compasión y misericordia y ha comprendido hasta la buena voluntad de nuestra obstinación y cerrazones. Milagros de gracia, de conversión, de sanaciones, de crecimiento espiritual y de intimidad con Dios se han dado sin cesar entre nosotros.

Por todo damos gracias a Dios y estamos alegres por ese protagonismo y esa acción irresistible del Espíritu del Señor entre nosotros, aunque, a veces, no sabemos de dónde viene y a dónde nos arrastra.

Mirando hacia el futuro.

El brazo de Dios no se ha acortado para construir y para salvar (Is 50,2). Si estamos en una época crucial, ¿va a dejar el Espíritu de actuar? (Mi 2,7). Ciertamente no. No podemos perder nuestra esperanza en el futuro los que hemos visto en el pasado las maravillas de Dios. Él seguirá buscando colaboradores fieles para su obra de la renovación en el Espíritu. Él les va a pedir una mayor docilidad para seguir sus impulsos y mociones; más apertura para acomodarse a sus discernimientos y mociones; más capacidad para aceptar las imprevistas novedades del Espíritu, más madurez e integración eclesial, más flexibilidad para someterse a las nuevas señales del Espíritu; menos miedo a las sorpresas y a los imprevistos de Dios, que nos descolocan de nuestras instalaciones demasiado humanas. El futuro es de Dios y del protagonismo de su Espíritu.

Sabemos que, a pesar de nuestras resistencias, el Espíritu de Dios no se para y sigue adelante en la Iglesia y en el mundo. Desde los altos miradores del Toledo antiguo veo correr las aguas densas del Tajo entre un desfiladero de murallones de recia piedra. Durante siglos las corrientes del río han ido desgastando las rocas y abriéndose paso. Así es el Espíritu que avanza, a veces por nuestras resistencias lentamente. Pero no podemos menos de confiar en Él. Su Palabra no falla y sabemos que *“la acequia de Dios va llena de agua”* (Sl 64/65,10) y, a su vera, maduran los frutos del Espíritu y los valles se llenan de mieses de renacidos en el Espíritu y de comunidades vivientes que aclaman y cantan. ¿No está llegando una vez más a la Iglesia una nueva primavera? ■